

ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: di gracias á Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de setiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Beirut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atribuyósele este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situación. La ciudad ocupa una graciosa colina que desciende en suave declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, estan cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de som-

bria verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles ó arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso yelo de sus diversos follages; mas lejos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la repercusion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Beirut, que las olas lavan sin cesar y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una multitud de Arabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Veiase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas, cargadas de mercancías de Damasco y de

Bagdad, iban y venian sin cesar de la playa á los buques; las casas de la ciudad se alzaban confusamente agrupadas, sirviendo los tejados de unas de azoteas á otras; aquellas casas de tejados horizontales, y algunas con balustradas almenadas, aquellos agimeces dobles, aquellas rejas de madera pintada que los cerraban herméticamente como un velo de los zelos orientales; aquellas copas de las palmeras que parecia que brotaban de las piedras y que se alzaban hasta por cima de los tejados como para llevar un poco de verdura á la vista de las mugeres prisioneras en los harenes, todo aquello cautivaba nuestros ojos y nos anunciaba el Oriente; oiamos el agudo chillido de los Arabes del desierto que disputaban en los muelles, y los asperos y lúgubres gemidos de los camellos que exhalan gritos de dolor cuando se los hace doblar las rodillas para recibir sus cargas. Ocupados en contemplar aquel espectáculo tan nuevo y sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y parecia que nos brindaba á ir á descansar bajo su sombra de nuestra larga y ardua navegacion.

Pero llevábamos demasiada gente y demasiado

bagage para resolernos á desembarcar antes de haber reconocido el pais y elegido una casa, si podiamos hallar una. Dejé á mi muger, á Julia y á dos de mis compañeros de viage en el bergantin é hice botar la chalupa al agua para ir á la descubierta.

A los pocos minutos, una hermosa oleada ancha y plateada me echó á la playa, y varios Arabes, remangados los pantalones hasta el muslo, me llevaron en brazos hasta la entrada de una calle oscura y rápida que conducia al consulado de Francia. El consul, M. Guys, para quien traia cartas, y á quien ví en Marsella, no habia llegado todavía á su destino; hallé en su lugar á M. Jorelle, agente del consulado y dragoman de Francia en Siria, joven cuya agraciada y bondadosa fisonomía nos previno en su favor, y cuyas bondades con nosotros, durante nuestra larga residencia en Siria, justificaron aquella primera impresion. Ofreciónos una parte de la casa del consulado para primer asilo, y nos prometió hacer buscar una habitacion en las cercanías del pueblo, donde podriamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genízaros del consulado, acabaron de desembarcar nuestra gente y nuestras provisiones de todos géneros, y antes del anochecer, ya estába-

mos todos en tierra, alojados interinamente, y colmados de atenciones y de agasajos por M. y madama Jorelle. Cierta que es un momento delicioso aquel en que, despues de una larga y borascosa travesía, recien llegado á un pais desconocido, echa uno la vista desde lo alto de una azotea perfumada y risueña al elemento que acaba en fin de dejar por mucho tiempo, al bergantín que le ha llevado en medio de las tempestades, y que todavía se mece en una rada ondeante, sobre la umbrosa y serena campiña que le rodea, sobre todas esas escenas de la vida en tierra, que tan dulces parecen cuando se ha estado privado de ellas mucho tiempo: — hay algo del sentimiento de la convalecencia, despues de una larga enfermedad, en la impresion de las primeras horas, de los primeros dias pasados en tierra despues de una navegacion. Toda la tarde hemos disfrutado esas deliciosas impresiones. Madama Jorelle, joven y hermosa señora, natural de Alepo, ha conservado el rico y noble trage de las mugeres árabes, — el turbante, la chaqueta bordada, el puñal en la cintura. No nos cansábamos de admirar aquella magnífica vestimenta que realizaba su hermosura enteramente oriental.

Cuando llegó la noche, nos sirvieron una cena á la Europea, en un kiosko cuyas anchas venta-

nas enrejadas se abrian sobre el puerto, y donde el fresco viento de la marina agitaba la llama de las bugías; hice abrir una caja de vinos de Francia que añadí á aquel festin de la hospitalidad, y así pasamos nuestra primera noche hablando de las dos patrias que dejábamos y que íbamos á buscar: una pregunta sobre Francia respondia á una pregunta sobre el Asia. Julia jugaba con las largas trenzas de algunas mugeres árabes ó de algunas esclavas negras que vinieron á visitarnos, admiraba aquellos trages nuevos para ella; su madre trenzaba los largos rizos de su rubia cabellera á imitacion de las damas de Berut, ó le ponía su chal á manera de turbante en la cabeza. Nada he visto mas hechicero, entre todas las caras de muger que se me han quedado impresas en la memoria, que la cara de Julia tocada de aquella suerte con el turbante de Alepo, con la gorrita de oro cincelado, de donde caian franjas de perlas y cadenas de zequies de oro, con las trenzas de su pelo pendientes sobre sus hombros, y con aquella mirada atónita, alzada sobre su madre y sobre mí, y aquella sonrisa que parecia decirnos: — ¡Gozad y ved cuan hermosa estoy así!

Despues de haber hablado cien veces de la patria, y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer

interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado todas los informes mutuos que podian importarnos, se habló de poesía: madama Jorelle me pidió que le hiciese oír algunos trozos de poesía francesa, y nos tradujo algunos fragmentos de poesía de Alepo. Díjele que la naturaleza es siempre mas poética que los poetas, y que ella, en aquel momento, á aquella hora, en aquel hermoso sitio, á la luz de la luna, con aquel trage estrangero, con aquella pipa oriental en la mano, y aquel puñal con mango de diamantes en la cintura, era un objeto de poesía mas bello que todos los que habiamos recorrido con el pensamiento, — y como me respondiese que le seria muy agradable tener un recuerdo de nuestro viage que enviar á su padre, á Alepo, en algunos versos hechos para ella, me retiré un momento y le presenté los versos siguientes que no tienen mas mérito que el sitio en que fueron escritos y el sentimiento de gratitud que me los inspiró:

¿Tú? ¿tú á mi numen le pides
Incienso de poesía?
¿Tú, á los vientos del desierto,
Hija de Oriente, nacida,
Flor de Alepo, que Bulbul¹
A todas preferiria,

¹ Nombre del ruiseñor en Oriente.

Para exhalar en su caliz
Sus lánguidas melodias?
¿Se le vuelve su fragancia
Al bálsamo que la espira?
¿Que le den rayos de luz
La alba oriental necesita,
O el nocturno firmamento
Estrellas de oro infinitas?
No, no hacen falta aquí versos:
Mas si tu mirada aspira
A contemplar lo mas bello
Que tiene la poesía,
En el agua de esa fuente¹
Contéplate tú á tí misma;
;No tiene imagen el verso
Que con tu beldad compita!
Cuando de noche, del kiosko
Junto á la enrejada ogiva,
Que da á la luz de la luna
Paso y al aura marina,
Te sientas en las esteras
Esmaltadas en Palmira,
Do humea el amargo moka
En labradas marcelinas:
Cuando tu mano á tus labios
Entreabiertos aproxima
Ese tubo de jazmin
Que aureos flecos atavian,
Y aspirando los aromas
De las rosas purpurinas,
Haces murmurar el agua
En el fondo de tu pipa: —
Cuando la ondeante nube,
Que te cerca y te acaricia

¹ Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua en medio y un pilon de marmol.

Con sus fragantes vapores,
 A enagenarte principia,
 Y los lejanos ensueños
 De nuestras antiguas dichas,
 Se nos figura que nadan
 En el aire que respiras ;
 Cuando del Arabe errante
 La ardiente yegua nos pintas,
 Tascando el freno espumoso
 Bajo tu mano de niña,
 É iguala el oblicuo rayo
 Que tus bejos ojos vibran,
 El dulce y ardiente rayo
 De su triunfante pupila ;
 Cuando en tu brazo arqueado,
 Cual asa de urna antigua,
 Tu frente meditabunda
 Dulcemente se reclina,
 Y del astro de la noche
 Bajo la vislumbre viva,
 Del puñal que al lado ciñes,
 Los puros diamantes brillan,
 No hay nada, nada en los sonos
 Con que los hombres se esplican,
 Ni de los bardos, cual yo,
 En la frente pensativa ;
 Nada en los tiernos acentos
 Que un alma pura suspira,
 Tan poético y tan bello,
 Cual tú, bellissima Siria !
 Ya pasé la edad feliz
 En que la flor de la vida,
 El amor, se abre en el alma,
 Y la perfuma y reanima ;
 Ya mi corazon no tiene
 En mi pecho que la admira,
 Mas que un rayo sin calor
 Para la beldad divina ;

Ya por el tiempo entibado,
 Su amor en la arpa se cifra, —
 Mas en mi edad juvenil,
 Cuantos versos dado habria,
 ; Ah ! por una sola de esas
 Ondeantes nubecillas,
 Que lentamente se exhalan
 De tu boca distraida,
 O por ver bajo mi dedo
 La hechicera forma fija,
 Que un invisible pincel
 Encierra en oscuras líneas,
 Cuando la luz de la luna
 Que de lleno te ilumina,
 Sobre la pared, en sombra,
 Tu gallardo talle imita.

No acertábamos á arrancarnos á aquella primera escena de la vida árabe ; en fin fuimos, por primera vez, al cabo de tres meses, á descansar en camas y á dormir sin temor de las olas ¹. Un viento impetuoso bramaba en el mar, sacudía las paredes de la alta estancia en que estábamos acostados, y nos hacia sentir mas deliciosamente lo que vale una morada tranquila despues de tantas sacudidas. Yo pensaba con indecible placer que Julia y mi muger estaban ya

¹ Ligero descuido del autor, en no acordarse que se detuvo algunas noches en Malta, en Atenas, en Rodas y en Chipre, segun resulta de su diario. Sin duda quizo decir que por primera vez descansaba libre de todo cuidado, y del afan de continuar su navegacion. — N. del T.

en fin por mucho tiempo á cubierto de todo peligro, y combinaba en mi acalorada fantasía los medios de prepararles una residencia agradable y segura mientras yo proseguia mi viage por estos sitios que al fin tocaban mis pies.



7 de setiembre 1832.

Me he levantado con el alba, he abierto la persiana de madera de cedro, única cerradura de las alcobas en este hermoso clima, y he echado mi primera mirada sobre el mar y sobre la brillante cordillera de las costas que se estienden redondeándose desde Berut hasta el cabo de Batrun, á mitad de camino de Trípoli.

Jamas vista alguna de montañas me ha producido una impresion semejante. El Libano tiene un caracter que no he hallado en los Alpes ni en el Tauro; es la mezcla de la imponente sublimidad de las lineas y de las cumbres, con la gracia de los pormenores y la variedad de las tintas; es una montaña solemne como su nombre; son los Alpes bajo el cielo del Asia, hundiendo sus aereas cimas en la profunda serenidad de un eterno resplandor. Parece que el sol reposa eternamente sobre los ángulos dorados de aquellas

crestas; la blancura deslumbradora de que las impregna se deja confundir con la de las nieves que duran hasta en el rigor del verano sobre las cumbres mas altas. La cordillera se desarrolla á la vista en una longitud de sesenta leguas por lo menos, desde el cabo de Saide, la antigua Sidon, hasta las cercanías de Latakia donde empieza á declinar para dejar al monte Tauro echar sus raices en las llanuras de Alejandreta.

Unas veces las cordilleras del Libano se alzan casi perpendicularmente sobre el mar con pueblecillos y grandes monasterios suspendidos sobre sus precipicios; otras se separan de la playa, forman inmensos golfos y dejan verdosas marcas ó linderos de arena dorada entre ellas y las olas. Numerosas velas surcan aquellos golfos y van á abordar á las muchas radas que hay en la costa. El mar presenta allí la tinta mas azul y sombría, y aunque casi siempre hay marejada, las olas, que son grandes y anchas, ruedan formando vastos pliegues sobre las arenas y reflejan las montañas como un espejo sin mancha: aquellas olas derraman por todas partes en la costa un murmullo sordo, armonioso, confuso, que sube hasta bajo la sombra de las vides y de los algarrobos, y llena las campiñas de vida y sonoridad. A mi izquierda, la costa de Berut era muy baja, y la formaba una continuidad de pequeñas len-

guas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una linea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas lejos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, avanzan como un cabo y sirven de reconocimiento á los marinos; en la cúspide de ese cabo, se ven las anchas copas en forma de quitasol de un bosque de pinos de Italia, y la vista, deslizándose entre sus troncos diseminados, va á descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (hoy Sour.)

Quando me volvia hácia el lado opuesto al mar, veía los altos minarets de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raiz á un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelies; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá, las combadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos maronitas, de mezquitas tur-

cas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambéry. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.

.....

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el Arabe construye un fogon con tres piedras, y allí es